

## **CONVERSATORIO SOBRE LA OBRA DE JAVIER MARIÁTEGUI.**

**MODERADOR: AC DR. RENATO D. ALARCÓN  
AN DR. Raúl León Barúa**

En los años 61-62, durante los años iniciales de la Universidad Peruana Cayetano Heredia en la calle Belén, nos encontramos con Javier en Arequipa donde debíamos presentar conferencias a nombre de la naciente Universidad. En esa oportunidad, le mencioné mi intenso interés por la historia de la medicina y por factores psicológicos en la enfermedad, lo cual ha continuado a través del tiempo en mi labor y en la ayuda que he dado a estudiantes de medicina con sus tesis y trabajos. Javier me respondió de inmediato: “El Profesor Honorio Delgado ha recibido un libro interesantísimo de Félix Martí Ibáñez, gran discípulo de Pedro Laín Entralgo, que tiene como título “Epopéya de la Medicina” y que es una bella presentación de la historia de la medicina. El Profesor Delgado no encuentra quien le pueda hacer una síntesis del libro para que salga publicada. Raúl: ¿Podrías tú hacerte cargo de esto?” Le contesté: “Por supuesto, y con gran entusiasmo”. Javier me hizo llegar el libro. Escribí un sumario de lo que el libro y su autor representaban en la historia de la medicina. Javier me contó luego que cuando Don Honorio leyó el escrito, le dijo: “Este amigo tuyo realmente está dedicado a la historia de la medicina, me gustaría conversar con él”. Fue pues Javier quien me puso en contacto con el Maestro, un privilegio intelectual extraordinario para mí, como para todos aquellos que lo conocieron o supieron de su obra.

Fui a hablar con Don Honorio, el cual me dijo: “Me ha gustado mucho este escrito que ha hecho del libro para su publicación en la Revista de Neuropsiquiatría, pero le he hecho llamar porque tengo otro interés. He visto que está muy inmerso en el tema de la historia de la medicina y quisiera que llegara a enseñar este tema en la universidad que estamos formando”. Le dije: “Profesor, Don Honorio, yo soy solamente un aficionado a la historia de la medicina”, y él respondió. “Yo quiero que se haga cargo”. Y me hizo entrar en esa actividad. Después nos unimos con Uriel García para enseñar historia de la medicina universal e historia de la medicina peruana.

Relato esta anécdota porque quiero resaltar el papel de Javier como el vinculador, el hombre que creaba amistades como la que inicié con Don Honorio. El brillo de Javier fue una inspiración para mí en el desarrollo de mis ideas sobre factores psicológicos en la enfermedad. Cuando Javier estuvo de director del Instituto Honorio Delgado-Hideyo Noguchi, me dio todas las facilidades para continuar con mis investigaciones en este campo. Ello se reforzó años

más tarde, cuando Renato Alarcón, que con Alberto Perales había organizado un Simposio sobre Psicoterapia, en el que el expositor principal era el Profesor Jerome Frank de la Universidad Johns Hopkins, me dio la oportunidad de conocer la obra de este gran maestro. Cada vez que iba a Hopkins, conversaba largamente con él. Mis diálogos con él eran como los que en muchas ocasiones sostuve también con Javier Mariátegui, nuestro homenajeado de esta noche. Javier tuvo, entre sus muchos intereses, el de la exploración de factores psicológicos en la enfermedad, tema que reflejaba su profunda versación en los aspectos integrales de salud y enfermedad en el ser humano.

### **AN DR. ALBERTO PERALES CABRERA**

Durante varias décadas en la segunda mitad del siglo XX, había en el Perú dos escuelas psiquiátricas claramente delimitadas: una, la que lideraba el Dr. Honorio Delgado a la cual pertenecía Javier, y otra que tenía una orientación americana y psicoanalítica, liderada por Alberto Seguí. Sabido era que estos dos grupos tenían dificultades de acercamiento, más por las diferencias de orden teórico o doctrinario entre los líderes que por discrepancias entre los discípulos.

En el año 1982, me llamó la atención el que, perteneciendo yo al segundo grupo, recibiera una llamada de Javier Mariátegui para acompañarlo en la creación del Instituto Nacional de Salud Mental Honorio Delgado-Hideyo Noguchi. Realmente era todo un reto que Javier había aceptado. Tengo que confesar que poseo una particular vocación por estudiar y comprender la interioridad de los amigos y las personas que merecen respeto, pero estudiar la interioridad de Javier no era fácil; era un hombre que se cuidaba mucho, medía sus palabras, era siempre correcto, oportuno y acertado. Dejaba una cierta distancia de profesor con sus interlocutores, a pesar de que él no quería imponerla y, por todo ello, aún después que hicieramos una cercanía mayor y yo ya dirigía el Departamento de Investigaciones, me pregunté siempre qué fue lo que motivó a Javier Mariátegui a asumir un reto tan grande. Me contó, en varias ocasiones, que era tanta su preocupación por la marcha del Instituto que muchas noches le quitaba el sueño. En realidad, la responsabilidad era altísima y el grupo de jóvenes que lo acompañábamos, tratábamos de ayudarlo en todo lo que fuera posible. Esta incógnita se mantuvo conmigo por mucho tiempo

hasta que, revisando sus escritos, encontré el libro titulado “Salud Mental y Realidad Nacional” que él publicó en 1988 y en el que describe los cinco primeros años del Instituto Nacional de Salud Mental. En las primeras páginas, recoge una nota de un autor peruano, Antonio Gálvez Ronceros, incluida en una obra que se llama “Historias para reunir a las personas”; se trata de un grupo de cuentos, del que toma un texto: “Hay un país en el cual el gobernante es informado que existe un ciudadano que tiene una conducta extraña; todos los días en las afueras de la ciudad, donde existen los muladares, arma un fogón con ladrillos, pone una olla, la atiende con mucha solicitud y luego se sirve la comida en un plato y se alimenta con tranquilidad; lo extraño de todo esto es que ni en la olla, ni en el plato hay comida. El gobernante quiere verlo de manera personal y se acerca a observar a esta persona. Efectivamente, comprueba lo que le han dicho, se acerca y le dice: “Señor, yo soy el gobernante de este país”. El señor no le contesta pero inmediatamente se acerca a la olla, saca un poco aparentemente de comida, la vierte en un plato y se la ofrece. El gobernante dice: ¡Esto es una locura! Y se va, pero se va tan apurado que no escucha que este hombre comenta en voz baja: “No es locura, señor, es pobreza”. El hecho de que Javier haya escogido esta cita refleja su sensibilidad, no solamente por la variable pobreza, sino por lo que representaba el Perú en ese entonces y que implicaba, a su turno, uno de los ideales del Instituto Nacional de Salud Mental: ofrecer sus servicios de la mejor calidad, hacer investigación de gran profundidad, entregarse a la docencia con vocación de auténtico maestro y apoyar a las comunidades más pobres.

Comprendí entonces, lamentando no haberlo hecho tiempo atrás, la sensibilidad alturada e intensa de Javier hacia lo que significaba para él, nuestro Perú de siempre.

#### **AA DR. MAX HERNÁNDEZ CAMARERO**

Cuando ingresé a la Facultad de Medicina, Javier Mariátegui era una leyenda entre los estudiantes. Era el mismo año en que él se graduaba con una tesis sobre la dietilamida del ácido lisérgico, sustancia que alcanzaría años más tarde un halo mítico puesto que, al margen de sus posibilidades experimentales con respecto a la comprensión de las psicosis, terminaría precipitando el movimiento que tuvo a California como epicentro, y como gurú a Timothy Leary. Javier Mariátegui había ganado la “Contenta”, nombre con que se conocía a la beca que otorgaba la Facultad de Medicina a quienes obtenían el más alto puntaje durante sus estudios. Además -- y se trataba de tiempos revueltos-- había sido delegado ante el Centro de Estudiantes de Medicina.

Por entonces, la psiquiatría era --parafraseando a Borges-- un jardín de senderos que se bifurcaban. Mariátegui transitaba por uno de ellos, yo daba mis primeros pasos por el otro. Aunque no tuve mayor cercanía con él en esos años, siempre lo tuve como un referente. Cuando volví al Perú después de algún tiempo fuera, recibí una llamada suya. Quería referirme un paciente. Me dijo que, en su opinión --y recuerdo muy bien sus palabras--, se trataba de una persona que se podía beneficiar de un “análisis ortodoxo”. Debo decir que, por un lado, me sorprendió esa apertura pero por otro no me pareció algo inesperado. Renato Alarcón ha subrayado además la capacidad que tenía Javier Mariátegui para establecer vínculos. Era una suerte de pontífice laico --no olvidemos que “pontífice” significa “constructor de puentes”--.

Fue a partir de esa aproximación que comencé a tener un contacto más regular con él. Compartíamos el interés en la psicopatología de los estados limítrofes. Al respecto, recuerdo que comentamos con entusiasmo, un trabajo poco difundido de Carlos Alberto Seguí, “El análisis estructural de la psicosis paranoide”, inspirado en la lógica clínica de Karl Birnbaum. Creo que este artículo fue un marco muy útil en la tarea de conjugar el rigor y la precisión fenomenológica con las posibilidades interpretativas del psicoanálisis cuando coincidíamos en el tratamiento de algún caso. También me viene a la memoria cómo, a partir de ópticas muy distintas, convergimos durante una Junta Médica en cuestionar una intervención neuroquirúrgica que se pretendía hacer a un paciente, pues considerábamos que tal procedimiento no se ajustaba a la patología subyacente a su adicción.

Su profunda vocación humanista y sentido histórico permearon su obra. Destacan en la edición de los escritos y testimonios de Honorio Delgado en relación con Freud y el psicoanálisis o en *El Mercurio Peruano y la Medicina*. Vocación humanista propia de un hijo de José Carlos Mariátegui y acendrada en el trato con Honorio Delgado, Mariano Ibérico, Hugo Pesce, Adán Felipe Mejía “El Corregidor”, Juan Francisco Valega, Antonio Melis, Juan Mejía Baca, Gustavo Gutiérrez y un largo etcétera, que se expresó en tantas de las páginas que escribió y dio a sus acertadas opiniones hondura singular.

Hace algunos años, con ocasión del centenario del nacimiento del Amauta, Javier me ofreció las páginas del *Anuario Mariáteguiano* para que escribiera sobre la relación de José Carlos Mariátegui con el psicoanálisis. Dado que tenía algunos apuntes y varias notas sueltas sobre la *Nadja* de André Breton, le pregunté si podía